

# EL PROFESOR UNIVERSITARIO

## THE UNIVERSITY PROFESSOR

*Héctor Lerma Jasso*

---

Héctor  
Lerma  
Jasso

Licenciado en Pedagogía (Universidad Panamericana).  
Licenciado en Filosofía (Universidad Panamericana).  
Doctor en Filosofía (Universidad de Navarra).  
Correo electrónico: [hlerma@up.edu.mx].

*El buen educador no es quien transmite  
un mensaje, sino que todo él es un mensaje.*

Carlos Cardona

*Profesor: que te ilusione hacer comprender a los alumnos, en poco tiempo,  
lo que a ti te ha costado horas de estudio llegar a ver claro.*

Josemaría Escrivá de Balaguer

*La idea de libertad ha de ser el punto en que culmine toda enseñanza  
científica, artística o moral, encaminadas a formar una personalidad.*

Ruiz Amado

### RESUMEN

La situación que padecen el mundo y nuestro país, revela que cada profesión está obligada a realizar una labor de saneamiento moral, social, cultural, espiritual. Esa labor compete, principalmente, a la universidad, en cuanto taller luminoso de la cultura.

Hablar de universidad podría quedar en una pura abstracción. Son los profesores, quienes la constituyen y vivifican, los que con su docencia, su amistad, su palabra y su ejemplo, pueden convencer al mundo de que no sólo tenemos necesidad de tecnología de punta o de infraestructuras de vanguardia sino, sobre todo, de esas realidades humanas que parecen estar en peligro de extinción: honradez, justicia, paz, veracidad, respeto, fraternidad, amor... De todo eso que no saben hacer las máquinas.

Todo profesor universitario, cualquiera sea su especialidad, está en óptimas condiciones de orientar su cátedra hacia una pedagogía de la integridad moral.

Se trata de no olvidar que educador no es quien transmite un mensaje, sino que todo él es un mensaje; y que la educación no es transmisión de valores, sino valorización de la vida.

El trabajo docente en todos los niveles de enseñanza es igualmente encomiable. Y toda educación está obligada a ser siempre optimista: la educabilidad (mejorabilidad, perfectibilidad) del hombre es la gran esperanza de la humanidad. Es verdad que nadie es perfecto, pero todos somos perfectibles, mejorables. Si el hombre no fuera mejorable sería absurdo hablar de educación. Siguen siendo verdad las palabras de González-Simancas: la auténtica educación es el cultivo terco de uno mismo ¡a golpe de libertad!

*Palabras clave:* profesor universitario, pedagogía e integridad moral, valores.

## ABSTRACT

The pessimistic situation that the world and our country suffer today, requires that each profession is obliged to carry out a work of moral, social, cultural and spiritual healing. This work is mainly the responsibility of the university, as a luminous workshop of culture.

Talking about the university could be left in pure abstraction. They are the professors, who constitute and vivify higher education and who

with their teaching, their friendship, and their example, can convince the world that not only cutting-edge technology or cutting-edge infrastructures are needed, but above all, Those human realities that seem to be in danger of extinction: honesty, justice, peace, truthfulness, respect, fraternity, love ... all those things that are not made by machines.

Every university professor, whatever his specialty, is in position to orient his teachings towards a pedagogy of moral integrity, because the educator is not only a person that transmits a message, but everything in himself of herself is the message; and that education is not the transmission of values, but the appreciation of life.

Teaching, at all educational levels is equally commendable. And education is always obliged to be optimistic: the educability (improvement, perfectibility) of man is the great hope of humanity. It is true that no one is perfect, but we are all perfectible. If man could not be improved, it would be absurd to talk about education. The words of González-Simancas continue to be true: true education is the stubborn cultivation of one's self through freedom!

*Key words:* university professor, pedagogy of moral integrity, values.

## EL HOMBRE: VOCACIÓN VIVIENTE

Conviene partir de ideas básicas: que si la educación no ayuda a reconocer, respetar y promover la propia dignidad y la dignidad de los demás, no es verdadera educación. Ya que,

[...] el hombre no es un valor: ¡es una dignidad! (Kant). Porque los valores son mensurables, comparables, intercambiables... ¡el hombre no! El hombre es una vocación viviente (Späeman). El progreso, en su esencia y en su fuente, es la vocación de todo hombre. De ahí que el verdadero desarrollo humano consiste en la promoción de todo el hombre y de todos los hombres (Benedicto XVI).

El respeto a la *dignidad* de todas y cada una de las personas, es el único criterio adecuado para juzgar el verdadero progreso de la sociedad, la ciencia, el arte, el trabajo, la educación... ¡la cultura toda!

Además, se dice que: «Si logras descubrir tu vocación profesional: ¡felicidades! Pero si es la vocación la que te “descubre” a ti, y la sigues, ¡la felicitación es múltiple! Porque, en adelante, ya no tendrás que trabajar o, mejor dicho, tu trabajo será ¡el ejercicio del gusto!».

Al hablar de cualquier *profesión* u *oficio* suele hacerse referencia a la *vocación*. Hay quien la descubre desde muy joven, otros hasta edad avanzada; ¡otros no la descubren nunca! (aquel profesor decía, al borde de un colapso: «¡Me contraté para enseñar griego, no para despertar marmotas!»).

Hay, también, quien la descubre *como por casualidad*. Un entrañable maestro amigo, según decía, se inscribió en la carrera de Ingeniería Naval porque, al momento de matricularse, era la ventanilla en la que había *menos cola*. Con todo y eso, destacó como ingeniero naval y civil, historiador, filósofo, pedagogo, escritor, administrador, catedrático... En mi caso, un experimento fortuito de tres meses en la docencia, se convirtió, casi sin darme cuenta, en 60 años de gratificante (no sé decir qué tan acertada) labor pedagógica.

Referirse a la *vocación*, en el campo laboral es, más bien un simbolismo. Fue la cultura alemana la que más ha desarrollado el tema con relación a la *profesión*, como actividad u oficio que requiere cierta disposición natural, determinados estudios y preparación especializada. *Profesión*, del latín *professus*, *profiteri*, implica una declaración pública de dedicarse, a futuro, a una actividad suficientemente estable, lícitamente ética y socialmente útil, que determina un modo de vida, la pertenencia a un grupo profesional específico y el resguardo de un ingreso económico (que ojalá no sea mero simbolismo).

Según esto, la *profesión* implica:

■ **VOCACIÓN:** Como todo *oficio*, el del *profesor universitario* puede ser visto como una *llamada*. En el orden natural, se entiende por *vocación*, un cierto impulso interior que condiciona, natural y culturalmente, a un individuo hacia la realización de un servicio efectivo a la sociedad mediante el ejercicio de determinada actividad laboral, en la que espera encontrar un alto grado de realización y satisfacción personales. Es un impulso hacia ciertas labores académicas, artísticas, científicas,

técnicas: por una ocupación o un género de vida determinados. Lo importante es que, en esa ocupación, cada persona está llamada a promover su propio progreso, el de su familia y de la sociedad. «¡El hombre es una vocación viviente! el *progreso*, en su esencia y en su fuente, es su vocación».

■ RESPUESTA: La vocación es *llamada* personal que exige una *respuesta* también personal: la efectividad de la respuesta dependerá de la inteligencia y libertad (responsabilidad) de cada uno. Por eso caben el mérito, la satisfacción y el éxito; o la culpa, el desencanto y la frustración.

El hombre está llamado al progreso, a un *mejoramiento constante*. Al animal, la vida se le da como pura *biología*, lo que le importa es vivir: todo lo que hace es para no morir y que no muera su especie. Es la *ley de la supervivencia* que rige la vida animal.

En cambio, al hombre, la vida se le *incoa* como *biografía* que él —y nadie más que él— ha de construir inteligente y libremente; no sólo le importa no morir y que no muera su especie: no sólo quiere vivir, sino *¡vivir cada vez mejor!* Por eso, gran parte de las cosas que hace el hombre las hace para *ser mejor, para vivir mejor, para servir mejor*. Ésta, podríamos decir, es la *ley del progreso*, (o del perfeccionamiento, o de la mejorabilidad) que, por encima de la mera supervivencia, rige la vida del humano y que es, ni más ni menos, la *educabilidad* inherente a la naturaleza humana. *Educabilidad, mejorabilidad o perfectibilidad*, es el fundamento antropológico último de la educación. Si el hombre no fuera *perfectible*, sería absurdo hablar de educación, de cultura y de progreso.

*Es verdad, pues, que nadie es perfecto, pero todos somos perfectibles: podemos mejorar.* La educabilidad del hombre es una gran esperanza.

Que el hombre sea educable (mejorable) es el hecho más trascendental de la intrahistoria. Eso nos hace tener fe en el hombre, en la educación, en la razón y en la conciencia. La vida humana es un proceso de educación; la educación es un proceso de vida (Spalding).

Y hace mantener la fe en la labor del profesor encargado de formar a los que están llamados a vivir una vida verdaderamente humana.

Sin embargo: *La gran tragedia de la humanidad consiste en que, durante demasiado tiempo, los hombres se han empeñado en querer vivir mejor sin empeñarse, en la misma medida, por ser mejores* (Chérif-Chergui).

■ **MISIÓN:** *Los hombres grandes son los capaces de convertir sus sueños en una misión; misión que los vincula con deberes y derechos* (Martí). Tener misión es ser destinado o *enviado* a realizar una labor concreta. *Dios no pide éxitos, lo que espera es fidelidad a nuestra misión* (Teresa de Calcuta).

*Misión que, para ser debidamente cumplida, requiere aprendizaje, formación* (Octavio Paz). Según nuestro tema, la misión del maestro se da en el mundo de la educación, que es *la acción humana que pretende conducir a una «existencia» a la identidad, intimidad y dignidad de sí misma, desplegando hasta el máximo todas sus posibilidades* (Karl Jaspers). *Educación que más que transmisión de valores, es valorización de la vida* (García Morente)<sup>1</sup>.

Mundo de lo educativo en el que: *Planes de estudio, programas, organización y material, instalaciones y tecnología, por muy importantes que sean, de poco o nada valen si no son vivificados por la personalidad dinámica del profesor* (J.F. Brown).

Personalidad del profesor capaz de comprender, y hacer comprender, que no sólo tenemos necesidad de máquina, de digitalización tecnológica, de recursos cibernéticos, de robotización, de automatización, de superestructuras de punta...; sino, sobre todo, de verdad, de justicia, de libertad, de paz... De que es necesario formar personas de carácter y criterio rectos, que sean capaces de realizar lo que no pueden hacer las máquinas: pensar, juzgar, decidir libremente, reír, llorar, perdonar, amar.

Y hablamos de una educación humanista capaz de superar al actual humanismo en crisis que, aunque ha logrado que el hombre realice caminatas espaciales, reproduzca mamíferos genéticamente, se co-

<sup>1</sup> Apud: *Historia de la Educación*. Gutiérrez Zuluoaiga, Isabel.

munique mediante redes digitales a miles de kilómetros... no ha sido capaz de ofrecer respuesta satisfactoria a su pregunta radical: ¿cuál es el sentido de mi —de nuestra— existencia?

■ **FORMACIÓN:** Toda misión exige formación. Nos referimos a la adquisición de cierta *forma*, cierto *estilo*, por medio de conocimientos, hábitos y habilidades, teóricos, prácticos y prudenciales, frutos del estudio, la ejercitación y la experiencia. *Estilo* que nos *trans-forma* como personas y nos capacita para llevar a cabo satisfactoriamente las obligaciones inherentes a la misión.

En este punto, a ningún profesor, sea cual sea su especialidad, le conviene desdeñar la *teoría pedagógica*. Ésta siempre es importante y útil para su formación. Sigue siendo verdad que *la mejor práctica es una buena teoría* (Kurt Lewin). Porque la teoría es el germen de toda práctica.

Ya quedaron atrás los tiempos en que Chalotais, influyente político de la Revolución Francesa expresó: *el bien de la patria exige que los conocimientos del pueblo no lleguen más allá que los necesarios para realizar bien su trabajo*. Y Mirabeau, uno de los ideólogos del sistema educativo emanado de la misma Revolución, sentenció, en un arranque de *liberté democratique*: *Todo hombre tiene derecho a enseñar todo lo que sabe...* La principal tarea del profesor, en cuanto docente, sigue siendo: *aprender a enseñar y enseñar a aprender; esto requiere, previamente, aprender a aprender* (Carrasco).

La *formación* debe ser *constante*, sobre todo en los aspectos importantes para la labor docente. Además de lo referente a su asignatura, un poco —o un mucho— de filosofía de la educación, antropología pedagógica; psicología y sociología educativas; estrategias y tecnología didácticas, sistemas de evaluación, dinámica de grupos y, siempre, cultura general. Todas estas áreas, invariablemente, tienen mucho que dejarnos.

Bien se dice que la *formación constante* nos permite:

- Re-descubrir las grandes ideas.
- Re-vivir los grandes valores.

- Re-afinar los grandes proyectos.
- Re-valorar las grandes acciones.
- Re-elegir las grandes opciones.
- Re-situar las grandes decisiones.
- Re-examinar los mejores logros.

Siempre podremos encontrar, para nuestra labor:

- Raíces más profundas.
- Motivos más trascendentes.
- Lazos más firmes.
- Ideas más innovadoras.
- Herramientas más efectivas.
- Experiencias más exitosas.
- Contactos más estratégicos.
- Modelos más humanos.

El *estudio constante* (*studiositas*, en latín) es un hábito que entusiasma y suscita el interés por adquirir conocimientos y desarrollar virtudes intelectuales y el cuidado por cultivar un *criterio recto*: entendido como el *cabal respeto a las normas de la verdad y a las normas de la justicia*.

Guardini recomienda, incluso, *aprender el arte de callar*. Muchas veces la fuerza se nos escapa por la boca: *el que tiene boca se equivoca* (B. Álvaro). Y cuando se alude a los vicios profesionales, característicos de las distintas profesiones, se señala que a los profesores nos suele amenazar el peligro de caer en la *pedantería*, que es *la ostentación inoportuna y a veces ficción engañosa del saber y se disfraza con un jactancioso despliegue de oropeles intelectuales o pseudointelectuales*.

«Pedantería burda»: que finge saber lo que no sabe en absoluto; procede por gestos, medias palabras, frases huecas, engolamiento de voz, citas rebuscadas, actitudes de profundidad y meditación... Se le llama también «pedantería de tontos» porque se desenmascara con facilidad. En realidad, se desenmascara por sí sola. Es, por lo general, inofensiva (salvo para los propios pedantes y para sus discípulos).

«Pedantería superficial»: que consiste en hablar mucho de lo que se sabe mal o sólo a medias. Puede resultar brillante y entretenida, o, por el contrario, obtusa y pesada.

«Pedantería impropcedente»: que es hablar de cosas que se saben, pero que no vienen a cuento y son traídas forzadamente, con el único propósito de exhibir el saber. O por la manía de explicarlo todo, aun lo más sencillo. La vida se vuelve una pura peroración: se perora en la universidad, en el hogar, en el club, en la calle...

«Pedantería incontinente»: cuando el docente «se pasa» en lo que debe enseñar (García Morente<sup>2</sup>).

Y no ha faltado quien pregunte: *¿Quién es el imbécil que envía a sus hijos a la escuela a que aprendan la opinión de los profesores?* (san Agustín).

■ TRABAJO: Todos sabemos lo que es el trabajo, pero no está por demás recordar que es el quehacer humano y profesional en el cual el hombre «realiza» (construye nuevas realidades; convierte en realidad lo meramente potencial); «se realiza» (él mismo se hace más real: el trabajo lo humaniza, plenifica, dignifica), y «se co-realiza» (en cuanto que ayuda, con su trabajo, a realización de otros. Nadie se realiza, si no ayuda a la realización de los demás).

*Realización, autorrealización y co-realización* del trabajador serán tanto más perfectas cuanto mejor sea el desempeño de las tareas propias de su profesión u oficio. Para el profesor, su mejor *autorrealización* se refleja, naturalmente, en sus tareas típicas: estudiar, investigar, enseñar, motivar y evaluar el rendimiento de la clase, coordinar las actividades en el aula, cuestiones administrativas...

<sup>2</sup> García Morente, M. *Escritos pedagógicos*, p. 237 y ss.

### «YO NO TENGO ALUMNOS: SÓLO TENGO AMIGOS»<sup>3</sup>

En la tarea de acompañar al alumno en su *aventura de vivir*, podemos avanzar hacia una *pedagogía de la amistad y de la alegría, que no tiene por qué estar reñida con una exigencia comprensiva*. Comprensión y exigencia forman un binomio inseparable. La comprensión sin la exigencia es incompleta; la exigencia sin comprensión, es inhumana.

Educar bien por medio del buen ejemplo no requiere tecnología de punta, ni infraestructura de vanguardia; ni mesas de trabajo, ni comisiones de especialistas. Bastan *voluntad, energía, ejemplo* (san Josesmaría) para hallar el modo *verdaderamente educativo* de vivir las virtudes profesionales. Sin grandes discursos, ni actitudes raras: *sin ser cargante, ni inoportuno*. Basta el modo natural de un trato sencillo, discreto. *La honradez: es la forma más potente de la persuasión* (Aristóteles). *El buen prestigio: es la forma más efectiva de obtener atención, aceptación y confianza* (Cicerón). Un trato amistoso es el que hace decir: *Tienes un callar que se escucha con el alma* (Brentano).

De *profesión* derivamos la palabra *profesor* cuyo trabajo central es la docencia. Recordemos que *impartir bien las clases es un hábito que se puede adquirir, cultivar y que siempre puede mejorar*. Las clases son, propiamente hablando, sesiones de trabajo: se trata, en cierto sentido, de un contrato: *yo enseñaré, si ustedes atienden/yo vendré a aprender, si ustedes enseñan algo que valga la pena*. En un despliegue de oratoria, todo el esfuerzo es de un solo lado; en una clase, es compartido entre dos que cooperan hacia un fin común. Cada uno ha de avanzar hasta la mitad del camino.

La didáctica (*didaskalia*: de *didaskein*: enseñar; y *kalós*: lo bello, lo bien hecho), aspira a ser, por su propio nombre, una *obra bien hecha*.

Hay una manera de preparar e impartir una clase, participar en una reunión, revisar un trabajo o redactar un informe, atender a los alumnos, o asignar una calificación que revela que en la actividad se ha puesto diligencia, cuidado de perfección, profesionalidad, y una chispa de fuego personal: eso que los artistas llaman «estilo propio»; y que no hay obra

<sup>3</sup> Sócrates.

ni obrilla humana en que no pueda florecer. Esta manera de trabajar es la buena, es lo que llamamos la «obra bien hecha». La otra, la de atropellar el oficio, haciéndolo con rutina o teniéndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es la forma mala e inmoral<sup>4</sup>.

No olvidemos que atención, respeto y entusiasmo, general aceptación. Indiferencia, antipatía y aburrimiento, causan rechazo. Y que *el profesor que se conforma con ser admirado, ha fracasado: debe aspirar a ser imitado* (Cardona).

■ **SERVICIO:** Debidamente formado, el profesional de la educación está en óptimas condiciones de realizar su labor pedagógica que es, siempre y necesariamente, un «servicio». *Servicio* que es la mejor manifestación del *amor de amistad* en su prístino, noble y elevado sentido: *procurar el bien del otro: benevolencia* (Aristóteles); o *dar a otro lo que a ese otro le conviene* (Tomás de Aquino). Así se entiende que el *amor que no se exprese en servicio, jno sirve para nada, o para muy poco!* Espíritu de servicio, efectivo, gratificante, que es ayuda que se presta, con el propio trabajo y propios recursos, a los demás.

No se trata de servir como sirve el «esclavo»: por miedo a la amenaza, al castigo, o por mera obligación. Ni como sirve el «mercenario»: vendido al mejor postor, que sirve sólo por la paga u otras recompensas. Sino servir como «señor», por *señorío*: por libre entrega; porque *servir* es algo grande y digno cuando se sirve a una causa noble y justa, a una misión loable, a una familia, a un grupo, a un ideal, a Dios... quien sabe servir no mengua su personalidad, sino la agiganta.

El mejor servicio del profesor hacia sus alumnos consiste en ayudar a ilustrar sus inteligencias, estimular sus voluntades, elevar sus afectos; transmitir un espíritu, valorizar la vida. Servir es ayudar a:

- ✓ Ampliar horizontes.
- ✓ Mostrar los valores (*el bien pensado*).

<sup>4</sup> D'Ors, Eugenio. *Aprendizaje y heroísmo*, p. 18.

- ✓ Animar virtudes (*el bien vivido*).
- ✓ Educar alternativas (no bastan la orden o la prohibición).
- ✓ Motivar el logro.
- ✓ Corregir desviaciones.
- ✓ Evaluar resultados.

Educar, como servicio, permite ser: *generosos en la siembra, vigilantes en el cultivo y desprendidos en la cosecha* (proverbio popular).

## EDUCACIÓN: CULTIVO TERCO DE UNO MISMO ¡A FUERZA DE LIBERTAD!<sup>5</sup>

Hasta aquí hemos hablado, digamos, de las notas que definen una *profesión*. Por su parte, la **profesionalidad** es la característica que engloba las cualidades deontológicas que definen el *trabajo meritario*: como un modo serio, competente y efectivo de trabajar que, sobre una base de conocimientos teóricos, competencias técnicas y solvencia moral, asegura, al profesional: prestigio personal, reconocimiento social y crédito prudencial; mejores y mayores oportunidades de promoción laboral, un mejor funcionamiento de la propia economía, familiar y social, y especial dignidad, respeto, gratitud y prestigio.

A la luz de la profesionalidad, recordemos que la educación es, según dijimos: *la tendencia esforzada e ininterrumpida hacia la forma más elevada de existencia humana* (Goethe).

Por su parte, José Luis González-Simancas<sup>6</sup> señala dos *planos de la educación*. Como:

<sup>5</sup> González-Simancas.

<sup>6</sup> *Ídem*.

■ **Primer plano: INGENIERÍA DE LA CONDUCTA** (*Pedagogía de lo periférico*. L. Polo). Es la educación con sólo apoyaturas psicológicas y tecnológicas, producida por la adopción del modelo *taylorista* de producción en serie. Sistema educativo de acuerdo con un paradigma tecnológico de corte utilitarista que busca la eficacia pragmática de los procesos. El ideal es la formación del *trabajador eficiente*: especie de *mecanismo productor de riqueza... ¡para otros! Homo faber de alto rendimiento*.

Es más bien una instrucción que proporciona hábitos y capacidades que sirven a la vida práctica; aprendizajes referidos al potencial psíquico-somático; al rendimiento de las funciones vitales. La acción educativa se centra más en las materias de aprendizaje, que en la persona que aprende.

Este modelo ha recibido severas críticas: por la reducción que hace del hombre y la reducción de la institución universitaria a mera *academia de capacitación laboral*; porque el *mundo de lo educativo* queda sometido al *servicio del mundo de lo productivo*; porque es un sistema educativo en el que privan los intereses de una política economizada o de una economía politizada. En fin, porque de alguna manera ha sido causa de muchos de los problemas sociales que actualmente se padecen.

Sin embargo, esta *ingeniería de la conducta* puede ser una excelente base para una educación más *humanista*. Sin duda, el trabajo es una realidad en la vida corriente de todo hombre. De esta realidad se puede aprender, por ejemplo, que más digno que el trabajo, es quien lo realiza. Que es, en todo trabajo —intelectual o manual, directivo u operativo, ejecutivo u organizativo, dentro del hogar o fuera de él—, donde mejor se manifiesta la dignidad de la persona. Que el trabajo es una oportunidad magnífica para ejercitar las virtudes propias de la *profesionalidad*: *hacer las cosas bien y a la primera; obrar con prudencia y justicia; formar equipo...*

## EL TRABAJO REVELA LA DIGNIDAD DE LA PERSONA

El hombre no está sólo llamado a «habitar», sino a construir el mundo con su trabajo. Preparar para el trabajo es ayudar a descubrir

motivos más nobles y trascendentes, ideales más elevados, sistemas y condiciones más humanistas, instrumentos más eficaces, acciones más solidarias. Es decir: el mundo del trabajo permite realizar una síntesis entre lo individual y material; entre lo social y espiritual; entre actividad y verdad.

Educar para el trabajo es una oportunidad inigualable para vivir, y enseñar a vivir, las virtudes morales principales, cardinales, orientadas al desarrollo de la persona y el logro ordenado de sus fines:

PRUDENCIA, que facilita el arte de gobernar, de decidir, de educar. Nos permite comprender mejor el presente y aprovechar la experiencia del pasado para una mejor previsión del futuro.

FORTALEZA, que es imprescindible para dirigir y para educar. Es la potencialidad activa del hombre en su lucha por realizar el bien. Nos ayuda a adquirir una voluntad buena, sana, firme, grande. Es vacuna contra las *enfermedades* del espíritu (*in-firmitatis*: falta de firmeza, de fuerza): frivolidad, miedo, pereza, superficialidad, capricho, desaliento, respetos humanos... nos enseña a emprender, acometer retos generosos, con «*magnanimidad*» (*alma grande*) y a superar la «*pusilanimidad*» (*alma pequeña, pequeñaja, almita, almeja*), y a resistir y superar los obstáculos que se nos oponen en la búsqueda del bien. *Sin prudencia, la fortaleza es ciega; sin justicia, es fuente de maldad.*

TEMPLANZA, la llamada *virtud del placer*. Fruto de la experiencia y el esfuerzo, ayuda a moderar, a templar la fuerza de las cosas en nosotros. Es el *autocontrol* necesario para poder vivir la sobriedad, que es saber poner medida razonable a gustos, *impulsos, pasiones, comida, bebida, sexualidad, comodidad, curiosidad, aficiones, consumismo, hedonismo, bibliofagia, coleccionismo, juegos, deportes, diversiones, compras, internet, redes...* (y un larguísimo etcétera). Se trata que los gustos no dañen la salud, corporal o espiritual; que no consuman energías de la vida; que no impidan hacer lo que debemos hacer. No se trata sólo de negaciones: cuando se niega, es para avalar una afirmación mayor. La misma templanza resulta una invitación a alimentar los grandes deseos e ideales: verdad, bien, belleza, amor, amistad, justicia...; propio patrimonio, prestigio, respeto, trabajo, apostolado...

**JUSTICIA:** es evidente la urgencia de formar profesionales honrados, promotores de la justicia (*la firme y constante determinación de la voluntad de dar a cada quien lo suyo*). Virtud moral sin la cual no puede haber orden ni libertad. Justicia de absoluta necesidad en lo individual, familiar y en lo social, en cuanto que ordena y perfecciona a todas nuestras relaciones, mueve al respeto mutuo de nuestros derechos y prescribe la veracidad, sinceridad, sencillez y gratitud. Ordena todas las cosas y propicia la verdadera paz (*la tranquilidad en el orden*).

Las condiciones actuales exigen que el mundo de lo productivo enfatice ideales más nobles: mantener a la familia; si se es creyente, alabar a Dios por labrarse un mejor futuro; poner en práctica lo aprendido; desarrollar las propias capacidades; adquirir un mayor prestigio para contribuir mejor al bien común; saberse responsable de los demás y hacer algo por ellos... Muchos llegan a aprender a vivir el trabajo como la gran síntesis entre *sabiduría, caridad y piedad*. Y a aprender que *todos somos responsables de todo. Y de todos; particularmente yo* (Dostoyevski).

Se imprime humanismo a la *ingeniería de la conducta* al orientarla al *progreso integral* del trabajador, su familia, sociedad y país. Esto exige entender que es el *progreso* (al que se le ha rodeado de una especie de halo de santidad), exige, para ser verdadero: 1) saber con claridad a dónde debemos, queremos y podemos llegar; 2) tener el convencimiento pleno de que el punto de llegada es, objetivamente, mejor que el punto de partida; y 3) que los medios a emplear son los más adecuados. Si no, no existe progreso real. El mero movimiento, por espectacular, vertiginoso y agitado que sea, no es garantía de progreso. A un mundo, a un país, a una persona que no sabe a dónde va, se le puede decir que: *No hay viento favorable para la nave que no tiene el rumbo bien definido* (Séneca). O que: *Si no sabes a dónde vas, no importa el camino que sigas* (refrán popular).

La *ingeniería de la conducta* debe descubrir la ***importancia de las humanidades***, más relacionadas con los fines del quehacer humano que con los medios. No desprecian los medios, pero subrayan la importancia de los fines. La técnica, como tal, no habla de los fines del hombre, por eso suele ser indiferente a los valores humanos. Está

maravillosamente dispuesta a decirnos cómo conseguir un determinado fin, pero, primero, ese fin debe darse. El triste dilema del científico de hoy es constatar que su ciencia puede igualmente dirigirse al bien o al mal. Su orientación debe venir de otro sitio. La presión tecnológica utilitaria actual hace que el cultivo de las humanidades sea la mejor defensa de la identidad, de la dignidad y de la libertad humanas. Y quien favorezca las humanidades y muestre sus auténticas aspiraciones, servirá de contrapeso a muchos de los errores de nuestro tiempo y beneficiará la causa del hombre.

**B. Segundo plano: EDUCACIÓN DEL ESPÍRITU.** En este plano, González-Simancas subraya el desarrollo integral de la persona y el logro ordenado de sus fines. Desarrollo total, unitario, integral e integrado; no tan sólo algunos aspectos o facetas determinadas, ni de unas conductas observables y medibles desde el exterior.

Se trata de la educación que es como *la puerta de entrada a la plenitud humana*. Educación profunda, que lleva al hombre hacia sí mismo, hacia su hermano, hacia aquello que hay de más real e importante: hacia el hombre y lo humano; que aspira a *¡la promoción de todo el hombre... y de todos los hombres!*; a una renovación ética de la cultura y de la sociedad en las que el hombre y todo lo humano, valga más que el dinero y las cosas materiales.

Es, según afirmamos, la educación que consiste en *pasar de una perfección, a otra mayor* (Spinoza); en *tender, con esfuerzo ininterrumpido, a la forma más alta de existencia humana* (Goethe). Educación que es *auto-tarea perfecta* o *¡cultivo terco de uno mismo!*

Educación que coloca al hombre en el terreno de las grandes decisiones; en el nivel en que cada uno edifica su vida bajo la propia responsabilidad, del esfuerzo por alcanzar la mayor afinidad con los valores, armonizados en una sola *unidad de vida*, que es la *integridad moral*, como el mejor remedio contra el cáncer que es la *corrupción moral*. Educación del espíritu porque si queremos que un árbol dé más y mejores frutos de los que acostumbra, poco o nada podemos hacer a las hojas, o a las ramas, o al tallo. Hay que ir a la raíz. Es, en la raíz, en donde hay que cavar, remover, humedecer, abonar... porque es, desde la raíz, de donde proviene la grandeza, el vigor, la lozanía,

la fecundidad de una planta. La grandeza y fertilidad del hombre le viene desde su espíritu. Es, pues, el espíritu lo que principalmente hemos de educar.

Es *formación desde el espíritu* que tiende al desarrollo de hábitos y aprendizajes que nos transforman, que nos mejoran como personas dispuestas *a actuar con total respeto a las normas de la verdad y a las normas de la justicia; y a someter, siempre, las exigencias de la vida profesional a las exigencias de la vida moral* (Gilson<sup>7</sup>). Educación que llega a ser el más firme fundamento de nuestra libertad; un llamado a la responsabilidad y una inspiración para el razonamiento sobre el justo medio de nuestras acciones.

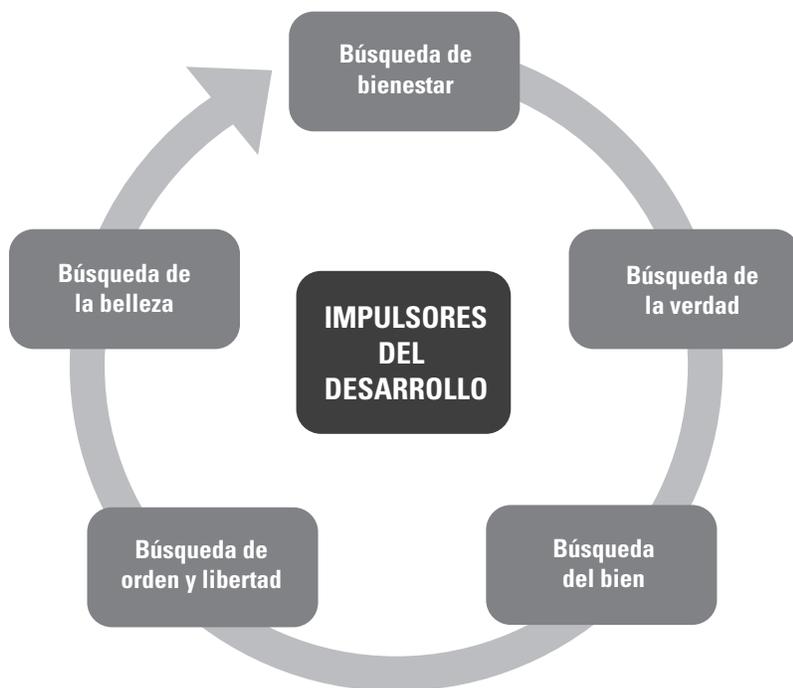
Formación del espíritu que imprime, en nuestro ser y en nuestro modo de ser, una marca, un cuño, un *ethos* que define nuestro *carácter*, en su sentido más preciso: *la impronta que deja en nosotros el vivir de acuerdo con nuestra condición de seres humanos: inteligentes y libres*. Es la aptitud especial de ver claro y ver lejos para hacer el mejor uso de nuestra vida; o la invitación a juzgar incluyente y ordenadamente en cada ocasión lo que corresponde hacer o no hacer.

Es a la institución universitaria y a cada profesor-educador —a veces con su palabra, pero siempre con su ejemplo— a quienes corresponde presentar desde su cátedra, a los que han de vivir, una vida verdaderamente humana.

## IMPULSORES DEL DESARROLLO HUMANO

Hemos insistido en que la vocación del hombre es al progreso. Un grupo de universidades de orientación humanista, han llamado *impulsores del desarrollo humano* a los siguientes factores:

<sup>7</sup> Gilson, Etienne. *El amor a la sabiduría*, p. 52.



- *Búsqueda de bienestar individual, familiar y social.* El ser humano, en cuanto inteligente, pronto se percata de su relación con el mundo, y de los lazos de solidaridad y dependencia mutua que lo unen con sus semejantes. No es una vecindad puramente física, sino de vínculos firmes y duraderos, que vienen a ser los cimientos de la sociedad. El hombre es sociable por naturaleza no sólo porque necesita de los demás para la conservación y promoción de sí y de los suyos, sino porque los otros necesitan de él. Todos tenemos siempre algo que ofrecer. Somos seres sociables por indigencia y por excedencia.

Cada profesor puede preguntarse: ¿qué puedo hacer para ayudar a formar profesionales que, además de competentes, sean capaces de aportar —con su inteligencia, su formación y su trabajo— contribuciones útiles, en términos de liderazgo profesional, a la esfera socio-económica de la sociedad, profesionales cuya labor está abierta a todos? Líderes promotores de los derechos del hombre, de la familia y de la sociedad.

- **Búsqueda de la verdad.** Se trata de formar profesionales de integridad profesional, ejemplos de prudencia. Hombres y mujeres capaces de hacer lo que no pueden ofrecer las máquinas: pensar, juzgar, decidir... amar, perdonar. Sin verdad, la persona y la sociedad se satisfacen sólo con eslóganes publicitarios. La verdad sigue y debe seguir orientando la dinámica sociocultural. A este propósito se ha escrito:

Es verdad que existió una vez la superstición de que todo lo viejo era verdad; pero ahora sufrimos la contraria y no menos peligrosa superstición de que todo lo viejo es falso y todo lo nuevo es verdad. De hecho, el tiempo no tiene nada que ver con la verdad. Una verdad nueva puede y debe reemplazar viejos errores, pero no puede reemplazar viejas verdades. (...) Fue una gran tontería que algunos medievales creyeran que todo lo que Aristóteles había dicho era verdad, simplemente porque lo había dicho él. Pero, ¿no sería igualmente o quizá más tonto aún creer que todo lo que Aristóteles dijo es falso, porque lo dijo cuatro siglos antes de Cristo? Cuando leo en su *Ética* que la justicia es el principio supremo y directivo de la vida social, o que el conocimiento científico es la forma más elevada de actividad humana, ¿tengo que decir —para ser original— que la injusticia es el tipo ideal de la vida social, y que manejar automóvil es la forma más perfecta de actividad humana? (Gilson<sup>8</sup>).

- **Búsqueda de orden y libertad.** Tal como está el mundo —y nuestro país— se hace urgente formar líderes éticos y buenos gestores de los asuntos humanos.

El cáncer de la corrupción se debe, en gran parte, a una omisión gravísima de nuestros sistemas de educación actuales. La educación, la recta educación, es la principalmente avocada a encarar este cáncer. Los profesores debemos poner y exigir, con la palabra y con ejemplo, los recursos pedagógicos para formar personas de *integridad moral* que, con la frente en alto, sean capaces de actualizar realidades humanas en peligro de extinción: *dignidad, decencia, integridad, honradez, honorabilidad, veracidad, pundonor, generosidad, honestidad...*; *buen juicio, buen oficio, buen gusto, buen comportamiento y buen carácter.*

<sup>8</sup> Gilson, E. *Op. cit.*, p. 16.

Profesionales con clara *conciencia del deber moral*, que es lo que hace a una persona honrada, justa y confiable; con eso que llamamos *conciencia moral*, que es el *juicio último del entendimiento práctico acerca de la moralidad del acto que se va a hacer o se hizo*. *Conciencia moral, conciencia del deber: voz de la conciencia, que determina la integridad moral de la persona.*

- **Búsqueda del bien.** En todo ser humano, hay una tendencia natural al bien y, paradójicamente, una aversión natural al esfuerzo. Y ese choque se da en el espíritu humano. La gran proeza de la educación es lograr que, en el interior del hombre, se aloje el anhelo eficaz de que la tendencia al bien prevalezca sobre la aversión al esfuerzo.

Se dice que el bien es aquello que todos apetecen, porque se considera conveniente, útil, placentero, cómodo... Ya sabemos que *el hombre siempre elige bien, pero no siempre elige el bien*. A veces tomamos como bien algo que lo es sólo en apariencia. En realidad, el ser es la razón de la bondad. Nos gusta un caballo pura sangre, bello, elegante, veloz, dócil... porque es un buen caballo. La bondad «es» o está en el caballo, no la impongo yo. Porque la verdadera raíz del bien es el ser, no mi parecer.

El bien tiene razón de fin: aquello por lo que los hombres actúan; es la meta, el objetivo hacia el cual encaminan todos sus afanes. Podemos aprender y enseñar a superar, en el trabajo, los fines menos nobles: el simple afán de acumular riqueza, poder o fama para satisfacer las propias pasiones; medrar por un lucro injusto; la vanidad de sobresalir a base de afirmar la propia valía; satisfacer las pasiones; o atender sólo el propio interés... Y aprender que el verdadero éxito no sólo consiste en obtener los mejores resultados haciendo las cosas técnicamente muy bien; sino en *realizar las cosas técnica y éticamente muy bien*.

Es evidente que toda profesión está obligada a desarrollar una labor de saneamiento material, cultural, social, moral, espiritual... Antes que nada, tiene que sanearse a sí misma. No admirar al estafador, al hombre sin escrúpulos, al pícaro que se enriquece a base de medrar, al truhan corrupto que se eleva a base de robar o de pesar poco... es preciso saber distinguir, y enseñar a distinguir, el éxito del mérito, el fraude de la obra bien hecha; e impedir que triunfe quien no lo merece.

De cómo entendamos esta diferencia dependerá nuestro *modus operandi*, nuestro *modus vivendi* y nuestro *modus convivendi*.

- *Búsqueda de la belleza*. No se entiende el amor si no se entiende lo verdadero, lo bueno y lo bello. Lo *bello* se contrapone a lo útil. Lo útil sirve a un fin, es un instrumento que sirve para algo; no suele ser fin en sí mismo. Lo *bello*, en cambio, es valioso por sí mismo; por sí mismo es preferible, atrae por sí mismo. Lo *bello* posee orden y armonía; aquello cuya forma es proporcionada, cuyas partes están bien dispuestas, unas respecto de otras. Es lo perfecto, lo acabado, *aquello a lo que no le falta nada, lo que tiene plenitud interior, lo que posee excelencia*. Todo eso es lo que reconocemos en el ser amado: lo valioso en sí mismo.

La esteticidad es la capacidad humana de reconocer, apreciar y hasta reproducir la belleza. La educación estética parte de la convicción de la necesidad de un ideal estético como concepto de totalidad y armonía, para el correcto desarrollo del estado general del ser humano y de la sociedad. La esteticidad puede corromperse y juzgar bello aquello que no lo es.

Educar el buen gusto consiste, también, en saber apreciar, respetar y fomentar el tono humano en posturas, indumentarias, conversaciones; en el respeto a la belleza natural y cultural; en saber apreciar una obra bella. María Pliego nos recuerda, y justifica, la afirmación de que *la belleza salvará el mundo* (Dostoyevski).

## SEMBRADOR DE IDEAS; FORMADOR DE ROSTROS

El *profesor*, en cuanto *educador*, para los griegos, era el *spermólogo* (de *sperma*: semilla y *logos*: idea: *sembrador de ideas*). Alegoría que alude al hecho de que la palabra del profesor es como semilla que, simbólicamente, fecunda la mente del alumno. Si la semilla es buena y la tierra fértil, los frutos serán buenos, abundantes, proficuos; si la semilla es deficiente, o la tierra es poco apta, los resultados serán escasos, defectuosos, o lesivos. El primer caso hace del *spermólogo* un *profesor-educador*, cuya labor trasciende la de mero *enseñante* (*didáskalos*), para elevarse a la de *paidagogus* —en el sentido

más propio del término (de *paideia*: educación, cultura, y *agoo*, *agogein*: conducir)—. Es decir: el profesor-educador es quien orienta al hombre, por el camino de la educación, hacia su realización en y por la cultura.

*Profesor-educador* que, para nuestros aztecas, era el *temachtiani*: formador de rostros, de personalidades, de caracteres; y el primer consejo que se le daba con respecto al alumno era: *enséñale a humanizar su querer*. Esto es: *enséñalo a querer, pero que quiera como ser humano: inteligente y libremente*.

## ¿LA EDUCACIÓN GARANTIZA LA FELICIDAD?

Alguien dijo: *¡Quien no es feliz en su oficio, no es en él eminente!* (Francisco de Quevedo). No pretendo decir que la educación puede garantizar la felicidad. Pero sí puede proporcionar, a alumnos y maestros, muchos motivos de alegría, y las alegrías son como los escalones que, a la larga, pueden llevar a la felicidad. Es más: si la educación no ayuda a las personas a acercarse a la felicidad que todo ser humano, consciente o inconscientemente anhela, es una educación trunca. Tal parece que *juventud y gozo constituyen la esencia de la acción educativa, porque la juventud y el gozo del educador se renuevan constantemente por la juventud y el gozo de los estudiantes* (san Agustín).

Esto puede ser así cuando se entiende que el oficio del profesor universitario imprime, a esa institución artificial que es la universidad, *creada por el espíritu y para el espíritu*, su máximo valor humano y cultural, y su más firme contacto con la realidad actual y futura. Capacitado, académica, legal, cultural y moralmente, el profesor universitario comunica, con su docencia, su más alto nivel académico. Desde un triple liderazgo: a nivel grupal, a nivel personal y a través de su asignatura, puede influir, positivamente, en el desarrollo humano integral de cientos, quizá de miles de jóvenes. Éstos, a su vez, deberán participar en la construcción de un mundo mejor: más humano, más justo, más pacífico, más fraterno. Y de una nueva cultura, en la que el ser humano valga más que el

dinero y las cosas materiales; y que entienda que no todo tiene que ser industrializado, comercializado.

Porque, tal como está el mundo, podemos afirmar que no sólo tenemos necesidad de técnica y de tecnología de punta, de robotización y automatización, de inteligencia artificial y computadoras auto-programables, de revoluciones cuánticas, de infraestructura, de internet de vértigo sino, sobre todo, de verdad, justicia, belleza, honradez, humanismo, de los nobles ideales sin los cuales la sociedad no puede genuinamente progresar. Tenemos necesidad de todo aquello que no pueden hacer las máquinas: pensar, juzgar, acompañar, consolar, perdonar, amar, decidir libremente, ejecutar y disfrutar de lo bueno realizado o padecer los errores cometidos.

Este *oficio* es lo que hace, de la universidad, el *taller luminoso de la cultura, y conciencia moral de la sociedad*, entre cuyos objetivos están, según Víctor Savoy:

[la] transmisión y discusión de los conocimientos más avanzados en todos los campos de las ciencias y de las artes; investigación orientada hacia el incremento de los conocimientos, sin abandonar la posibilidad de resultados prácticos e inmediatos; preparar humanista, científica y técnicamente profesionales a nivel superior, y difundir de la cultura hasta ponerla al servicio de la población.

O, según Ortega y Gasset: *enseñar a ser buena persona, enseñar a ser persona culta; enseñar a ser buen profesional; y ser, además, un centro de investigación*<sup>9</sup>.

El *profesor universitario* o *catedrático*, que ostenta la categoría docente más alta, es quien imprime, a la institución universitaria, su auténtica naturaleza como:

<sup>9</sup> Cfr. Nerici, Imídeo. *Hacia una didáctica general dinámica*.

- FORO. Donde se busca, se respeta y difunde la verdad, y se fomentan la solidaridad y la justicia.
- FRAGUA. Donde se gestan los nuevos modelos de hombre, mujer, familia, sociedad y de todo lo humano.
- CLIMA de elevados ideales académicos, profesionales, sociales, morales y espirituales.
- PORTAL que da paso franco a la amistad y al respeto.
- FUERZA que sostiene el trabajo por motivos más trascendentes, que ayuden a superar los ambientes que invitan a la frivolidad, a la pusilanimidad, a acostumbrarse al mal, a pactar con la mediocridad o a ceder a la corrupción.
- AREÓPAGO en cuanto gran centro de ciencia, arte, técnica: de la cultura toda; de convivencia y comunicación.

## **LA PRUEBA DE QUE ALGO SE SABE ES QUE SE PUEDE ENSEÑAR A OTROS<sup>10</sup>**

De acuerdo con lo anterior, se llama *profesor* (del lat. *Professus*: de *profiteri*: declarar públicamente), en general, a la *persona que por vocación y libre elección se dedica profesionalmente a las tareas educativas*. A quien, poseyendo los conocimientos necesarios, tiene además la intención, la preparación pedagógica, el ascendiente moral y el dominio técnico de la enseñanza formativa.

Es profesor quien, con voluntariedad profesional, influye en la vida espiritual de otros mediante la enseñanza, con el fin de ayudarlos a mejorar como personas; a pasar de un estado a otro más perfecto.

<sup>10</sup> Aristóteles.

Dicho de otro modo: *Es profesor la persona que de modo profesional actúa sobre uno o varios individuos concretos con el propósito de elevarlos a una mayor perfección*<sup>11</sup>. O también: *es el profesional que, poseyendo el don natural o adquirido, preparación específica, la autorización necesaria y la responsabilidad de la educación intencional y sistemática, se dedica a ella como medio de realización personal y substancial*<sup>12</sup>. Siempre considerando que educar es, sobre todo, suscitar el máximo desarrollo del espíritu humano, porque la esencia del acto educativo consiste, más que en la transmisión de valores, en la valorización de la vida, individual y socialmente considerada.

En efecto: desde siempre, la educación ha sido vista como:

- *Proceso formativo que consiste en dar al cuerpo y al alma toda la belleza de que son susceptibles (Platón).*
- *Pasar de una perfección a otra mayor (Spinoza).*
- *La tendencia esforzada e ininterrumpida hacia la forma más elevada de existencia humana (Goethe).*
- *Más que transmisión de valores, es valorización de la vida (García Morente).*
- *Auto-tarea perfectiva, o el cultivo terco de uno mismo ¡a golpe de libertad! (González-Simancas).*

Ya en la práctica encontramos que, entre los maestros, algunos tienen una personalidad más llena de cualidades, de valores profesionales y humanos, que les permiten ayudar, exigir y comprender más y mejor a los alumnos. Poseen mayor eficacia pedagógica y, por lo mismo, educan más y mejor.

<sup>11</sup> Hernández Ruiz, Santiago. *Pedagogía natural*, p. 121.

<sup>12</sup> Lemus, Luis Arturo. *Pedagogía: temas fundamentales*. Kapelusz. Buenos Aires, 1969, p 121.

Lo anterior ha suscitado, desde siempre, la controversia de si la aptitud educadora es innata o adquirida. Mucho se repite que *el profesor, como el poeta, no se hace, sino que nace*. Sólo que la misma práctica nos muestra que cualquier ciudadano tiene el derecho de proclamarse poeta y no pasa nada, pero eso no lo autoriza a constituirse en profesor. Ya que: *Ad docendum non omnes idonei* («no todos son idóneos para la docencia»).

No hace falta ahondar en este debate. Baste recordar que un reclamo cultural (adquirido, ejercitado), actuando sobre una disposición natural (cualidad innata), son elementos necesarios para determinar la personalidad y la aptitud para cualquier ocupación. Para Burton, por ejemplo:

Enseñar no es cosa fácil. No puede ser hecho con posibilidades de acierto por individuos indiferentes, mal informados y sin habilitación; portadores de una personalidad inexpresiva y de limitada experiencia vital. La enseñanza exige conocimientos amplios y perspicacia sutil, aptitudes definidas y una personalidad que se caracterice por su estabilidad, su firmeza y su dinamismo... La labor docente es una de las más complejas entre las actividades profesionales. En verdad, si ha de ser ejecutado con perfección, es, entre los trabajos humanos, uno de los más difíciles<sup>13</sup>.

La enseñanza universitaria ha de evitar que:

- Los estudios se orienten únicamente a la presentación de exámenes.
- Los estudiantes se limiten al trabajo de tomar notas o apuntes, para memorizarlos en vísperas de exámenes.
- Los alumnos se conviertan en seres pasivos; obligados sólo a saber y repetir el contenido de un determinado tratado o libro de texto.

<sup>13</sup> Burton, William. *Conducción de las actividades aprendizaje*. Nueva York, pp. 185-189.

- Alumnos y maestros permanezcan ajenos a los problemas de la comunidad, del país y del mundo.
- La universidad caiga en los *cultos de moda*: al método, a la opinión, al activismo, a la ideología.
- El afán de quemar etapas, sustituya al *hombre de reflexión* por el *hombre de acción*.

En suma, una buena formación ayuda a nuestros alumnos para que:

- Superen el ambiente que invita a la frivolidad y al capricho.
- No se acostumbren al mal.
- No pacten con la mediocridad.
- Fomenten la ciencia sin caer en reduccionismos: hombre, familia, amor, libertad, democracia, felicidad...
- No se detengan sólo en la crítica, que destaquen lo positivo sin dejar de denunciar lo negativo, y actúen según lo juzgado, presentando soluciones concretas y viables.
- Sepan combatir las lacras, sin destruir las instituciones.
- Hagan propias las grandes ideas, las asimilen con hondura —elaboradas interiormente—, hasta alcanzar conclusiones verdaderas y probadas que logren transmitir llenas de vigor y lucidez, con la fuerza de lo pensado y lo vivido.

## LA AUTORIDAD DEL MAESTRO

Las características que exige el oficio docente son las de toda *persona buena*; sin olvidar que *antes de ser maestro, se es hombre*. Esta *naturaleza primera* y este conocimiento del mundo por emergencia de él, se plasma en la sentencia de Terencio: «*Soy hombre y nada humano es ajeno*».

No es, pues, el maestro, un ser ideal, sino real, con necesidades, aspiraciones y problemas. Esta *condición humana* explica que al profesor no se le pida que sea perfecto, pero sí que se esfuerce por vivir con dignidad, porque se educa, sobre todo, con el ejemplo. De este modo, la conducta digna del **maestro** (del latín *Magistrum*: acus. de *magister*: *de gran mérito entre los de su categoría*), constituye su más positiva recomendación y fuente de prestigio y autoridad.

A la condición de *ejemplaridad* del maestro sigue, entonces, la de *autoridad*. En nuestros días hay profesores que —partidarios de la *democratización de la enseñanza*—, se niegan a hacer valer su autoridad o, más bien, no quieren hacer ostentación de ella, como si tener autoridad fuese un *pecado pedagógico*. Pero, al concientizar la responsabilidad que le ha proporcionado la autoridad educativa, la autoridad del maestro es requisito exigido para que el alumno logre su autonomía. De este modo, en la medida en que el educador mismo se subordina a las exigencias de su responsabilidad educativa, en esa misma medida la representa y queda constituido en auténtica autoridad.

El maestro no tiene otra posibilidad que someterse a la exigencia de esta responsabilidad. Si lo logra o no, es cosa que no siempre está en su mano. La ética profesional no espera que el maestro sea perfecto, pero sí le exige que no olvide a qué se ha comprometido. Si se exige la perfección misma, se induce al educador a que haga una falsa ostentación de esa perfección y entonces nos estamos burlando de él... o él se está burlando de nosotros.

El maestro comunica el saber y ayuda a asimilarlo; en no pocos casos, los alumnos llegan a ver al profesor como guía seguro en la universidad, en la profesión y en la vida. Por eso el maestro necesita carácter, prestigio y autoridad. No usurpa la autoridad. Ésta emana de la influencia ejercida por su personalidad. La verdadera autoridad del profesor consiste, más bien, en el ascendiente, respeto y cariño de unos alumnos que ven cómo se entrega a su labor; que se sienten comprendidos; alguien que nunca hiere y siempre anima; que sanciona sin ofender; que es justo, porque da a cada uno lo que le corresponde; que a su alrededor promueve el trabajo, aprendizaje, buen humor y serenidad. Esto sólo puede ser el reflejo fiel de una vida interior rica y armónica.

## LAS MOTIVACIONES DEL PROFESOR

Kershensteiner, al tratar de responder a la pregunta: *¿cuáles son las motivaciones del oficio docente?* Señala, en primer lugar, la *tendencia natural* que hay en todo ser humano a cuidar de los demás, en especial, de las generaciones jóvenes. *Si falta esta tendencia —señala— podemos inducir que se trata de cierta anomalía social o espiritual, condicionada por alguna situación especial.* De esta tendencia de índole socio-cultural, surge también la tendencia de ayuda recíproca, como autoridad, subordinación o, simultáneamente, ambas direcciones<sup>14</sup>.

Estas motivaciones son de origen espiritual: la sociedad humana vive en el espíritu porque es, sobre todo, *comunidad de ideas y de querer*. Sólo el espíritu sabe del amor a la verdad, al bien, a lo bello, a la comprensión del contenido del mundo, de la cultura y de la realidad trascendente. Este amor se convierte en *voluntad educativa del espíritu*; es decir, se convierte en amor, en su forma más pura. Amor que busca la valorización de la vida del otro, el aumento infinito de su valor: su plenitud humana y sobrenatural.

De este modo, los instintos del cuidado por los demás, las experiencias originales y tendencias sociales, la voluntad de valor, el aumento infinito del valor del otro, más una personalísima estructura espiritual propia, basan el trabajo educativo, en el que actúa toda la responsabilidad del profesor, y donde esta responsabilidad encuentra respuesta por parte del educando.

Cuando esta profunda motivación constituye la forma de vida de una persona, su motivo dominante, crea la personalidad del profesor. La obra que esta motivación realiza es el *desarrollo* de la sensibilidad axiológica y de la capacidad creadora de valores en el otro, desde dentro él mismo. Esta motivación abarca al mismo tiempo el sentido y valor objetivo de la vida que la educación permite liberar<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Flitner, Wilhelmilhelm, *Manual de Pedagogía General*. Herder. Barcelona, 1972, p. 88 y ss.

<sup>15</sup> *Ídem*.

Para Jaspers,

[...] al educador se le asigna la misión de suscitar y estimular al alumno para despertar en él la conciencia de su propia responsabilidad en la realización de sí mismo. El alumno debe de llegar a hacerse cargo de su propia formación, con la ayuda de otros y por medio del uso adecuado de su libertad. Su tarea es pasar del «en sí» —modo de existir irresponsable e impersonal—, a «ser para sí», que sabe realizar con consecuencia y libertad de su propia personalidad<sup>16</sup>.

Desde este punto de vista, el oficio docente separa lo que el alumno *es* de lo que *debería ser*. Capta y gusta el valor superior que su acto educativo —acompañando a la libertad del alumno—, debe producir realmente, de manera objetiva y evaluable. El *oficio docente* es, pues, *perfectivo* (además de *perfectible*) y conforma una *personalidad humanista* y una *conducta duradera de dedicación consciente a la elevación del hombre*.

- Estimula su dinamismo natural.
- Descubre el interés que motiva el esfuerzo.
- Mantiene contacto con la vida.
- No separa ni confunde imaginación e inteligencia; voluntad y afectividad; espontaneidad y libertad.
- Invita a tomar posición personal ante la existencia.
- Valora lo pequeño y cotidiano, lo egregio y excepcional.
- Distingue entre fines y medios.

<sup>16</sup> Millán Puelles, Antonio. Los límites de la educación de Karl Jaspers. *Revista Española de Pedagogía*. Madrid, 1951, n. 35.

- Convierte los valores en virtudes.
- Aspira a lo que está más allá y por encima de su situación presente.

Y, al tratar de caracterizar la *relación educativa* entre profesor y alumno, Jaspers concluye que ésta posee su propia misión, y debe intentar la armonía entre una *relación técnica* y una *relación existencial*, ya que se participa de su doble exigencia, pero no debe confundirse con ellas.

[En la] relación educativa, la influencia del profesor produce realidades en el alumno y, al mismo tiempo, goza de lo producido como quien se ve poseído por el asombro. Vive —señala Flitner— la juventud varias veces. Puede poseer, a la vez, la alegría de la juventud, la esperanza del futuro, la experiencia de los años y la prudencia de la madurez. Sólo él puede percibir antes que nadie, en toda su fuerza, la luz del sol que mana de la juventud; vivir su dicha como un presente, del que tan pocas veces es consciente la misma juventud debido a una falsa perspectiva y que el adulto vive solamente como algo pasado, desaparecido hace tiempo<sup>17</sup>.

## LAS FUNCIONES DEL MAESTRO

Mucho se ha dicho acerca de las *funciones típicas* del profesor. Tratando de concretar, podemos afirmar que la verdadera tarea del profesor universitario, como tal, está en la clase. Es él quien enseña y quien, de una manera metódica, transmite los valores de la cultura a los jóvenes universitarios.

Según García Hoz<sup>18</sup>, los dos *cometidos esenciales del maestro* son:

1) *Convivir con sus alumnos y formarlos:*

<sup>17</sup> Flitner, Wilhelmilhelm. *Op. cit.*, p. 90.

<sup>18</sup> Cfr. García Hoz, Víctor. *Voz: profesor*. GER.

- Mostrar los valores.
- Despertar ideales.
- Sugerir alternativas.
- Alentar el logro.
- Vigilar el proceso.
- Corregir desviaciones.
- Evaluar resultados.

Para esto requiere:

- a) Capacidad para conocer de un modo práctico (natural) y científico a sus alumnos.
- b) Paciencia, amor y alegría. Cualidades muy necesarias, pues su carencia ocasionará múltiples incomodidades al maestro y a los demás.
- c) Ecuanimidad que incluye imparcialidad con los alumnos, dentro y fuera de la clase.

2) *Instruir a sus alumnos:*

- a) Calidad intelectual. No es porque se precise una inteligencia brillante, pero sí un mínimo de orden y claridad mental para dominar los contenidos científicos del nivel respectivo de enseñanza, así como las relaciones existentes entre los diferentes campos del saber humano.
- b) Capacidad para el planeamiento y la programación del trabajo del curso, mensual, semanal y diario. Esto lleva consigo una labor constante de estudio y puesta al día, lo mismo en contenidos que en técnica de trabajo.

- c) Capacidad pedagógica específica, por la que sepa llegar con su palabra o sugerencia a la mente de los alumnos, adaptándose a sus modos de comprender. Este ponerse a la altura del educando, es la capacidad didáctico-expresiva, privilegio del verdadero maestro.

El que quiera enseñar de una manera conveniente, debe conocer perfectamente la materia del programa y ser capaz de comunicarla con claridad y de forma ordenada. Debe poseer una amplia y sólida cultura general, ya que su saber debe ser más extenso que la materia que ha de enseñar. Así podrá descubrir lo importante, interesante, útil y accesible de su asignatura, y estará mejor capacitado para resaltar el lugar que ocupa en el conjunto del plan de estudios y hacer las debidas correlaciones con la realidad existencial de los alumnos. De este modo, el profesor podrá realizar las funciones que le son propias, según le sean encomendadas: tutoría, docencia, investigación, publicación, consultoría, administración, coordinación, dirección..., y su labor podrá incidir con las *funciones propias de la institución universitaria*, que son, según Nérici:

- a) PROFESIONAL. Mira a la formación profesional de nivel superior, y fundamenta el cómo y el porqué de su actuación profesional.
- b) CREADORA. Procura estimular la imaginación y el ingenio en el campo de las letras, artes y ciencias, teniendo en cuenta nuevas formas de expresión, de comunicación y de producción.
- c) DE INVESTIGACIÓN. Consiste en fomentar una actitud amigable para los cambios, teniendo como punto de mira que tanto la realidad humana como la realidad que la rodea sean mejor conocidas, con el fin de que se adopten las providencias que exigen las nuevas necesidades de la vida social.
- d) DE APLICACIÓN. Aprovecha los resultados de la investigación, teniendo a la promoción y al desarrollo de la producción humana en todos los sectores y en todas partes, para reflexionar sobre la misma.
- e) SOCIAL. Contempla las requerimientos sociales de la comunidad y del país. La universidad debería indagar los fines y los medios para el bien de la sociedad. La universidad debe ser, así mismo, una escuela

de la comunidad, ya que su deber consiste en atender a las necesidades de la comunidad en la cual se ubica. Así, en sus estudios: debe partir de lo particular (problemas de la comunidad); dirigirse a lo universal (estudio de los mismos problemas en otras partes y otros países con carácter general), y volver a lo particular (orientada ahora a proponer soluciones que remedien o atenúen las dificultades de la comunidad).

- f) CONSULTIVA. Refuerza la función social de manera que, las autoridades legislativas y ejecutivas, pueden consultarla cada vez que problemas de importancia aflijan a la comunidad.
- g) INSTITUCIONAL. Orientada al estudio objetivo y científico y, por eso mismo, desapasionado, de los puntos de conflicto entre las naciones. Todo indica que la universidad debiera ser el lugar común, el campo neutral de estudio de las divergencias entre los grupos humanos.

## CARÁCTER ÉTICO DEL QUEHACER EDUCATIVO

La *educación* —señalamos— más que ser transmisión de valores, es *valorización de la vida por medio de la cultura*. El sentido de la cultura es el perfeccionamiento del hombre. Esto hace que *el acto educativo* sea un *acto esencialmente ético*. Por esto, cuando el profesor-educador se exige y exige a los alumnos, su exigencia asume este sentido ético, y esa exigencia guarda proporción con lo que el profesor proporciona.

De este modo, la actuación del profesor inspira confianza en la medida en que: tiene confianza en sí mismo, en el poder de la educación y en la impronta perfectiva de la formación universitaria; estima la perfectibilidad de los alumnos y sabe actuar de modo que aun el menos brillante, conserve el sentimiento de su propio valor, aunque sólo sea porque ha comprendido que debe mejorar su actitud, revisar sus criterios, elevar sus miras o... porque pronto vendrá la corrección del examen, y entonces será llamado para recibir más ayuda, para redoblar y reorientar sus esfuerzos.

Éste es el carácter ético del quehacer educativo, éste es su fin, y es lo que compromete a la persona misma del educador, que ha de educar en la libertad y para la libertad, porque ha de educar personas, seres libres, para ayudarles a ejercitar su libertad, a realizar de modo pleno el acto propio de la libertad, que es el amor electivo, la dilección<sup>19</sup>.

El mismo autor, al señalar que el *buen maestro no es aquel que transmite un mensaje, sino que todo él es un mensaje*, nos recuerda que: el educador —el *testigo de la verdad*, como señala Kierkegaard— no debe hacerse admirar, sino imitar. Ser admitido y ser imitado no son dos términos absolutamente excluyentes. De lo que se trata es de que la natural administración ante lo bueno invite a la imitación. Esto se produce, en primer lugar, cuando el modelo no es frío, glacial, distante, falto de cordialidad o de humanidad en el trato. En realidad, es admirable quien ofrece una imagen genuinamente imitable y que estimula.

La primera condición, por tanto, es que el modelo sea cálido, cordial, humano, asequible. Se recomienda que el *profesor busque una forma amable de:*

- Singularizase.
- Atraer.
- Agradar.
- Persuadir.
- Conquistar.

En segundo lugar —con la prudencia que cada situación concreta exija—, el modelo ha de mostrar, con sus propias dificultades, que la práctica del bien, que el ejercicio de la virtud, nos resulta ardua a todos, que hay que vencerse, que no siempre se logra. En este sentido, el que los educandos adviertan algún defecto en el educador no me parece negativo, aunque

<sup>19</sup> Cardona, Carlos. *La ética del quehacer educativo*, p. 73.

él deba procurar siempre dar buen ejemplo, pero jamás de modo artificioso, para tener realmente autoridad moral, necesaria para educar...

Gracias a esta autoridad, el adolescente puede sentirse libre cuando se le exige que se sujete a las normas de conducta, de disciplina y a las obligaciones del trabajo académico; recibe y entiende el sentido y la finalidad de estas normas, y de esa disciplina. Se trata a alguien como a un ser libre cuando se le da a conocer el porqué del acto que se le pide. Una imposición inmotivada se convierte en un reto, en una invitación a la rebeldía. Aquí debe recordarse que la confianza, más que pedirla, hay que merecerla...

Es esencial también comprender que la disciplina es necesaria en cualquier colectividad. Y en un plano más concreto, ayudar a que el educando entienda la finalidad de las normas a las que debe sujetarse, *de manera que ni de lejos parezcan arbitrariedad y abuso de poder*<sup>20</sup>.

Ese carisma del profesor no puede desaparecer detrás de la función. Existen profesores animados sólo por el interés de la materia que enseñan. Afirma Flitner:

Yo les llamaría «los aristócratas». Se presentan como una figura dominante. Están delante de la clase pero no cerca de los alumnos. No se preocupan por las dificultades, reales o ficticias, o los intereses del alumno. Me refiero al tipo de especialista o del «profesor perfecto», desde el punto de vista didáctico, que da bien su clase, pero no educa suficientemente porque se mantiene encerrado en su ciencia. Es sólo un funcionario meticuloso y concienzudo. Otros se interesan únicamente por los «resultados» de los exámenes, y no se preocupan por los objetivos que verdaderamente hay que esforzarse por alcanzar. Otros no buscan más que la satisfacción personal que produce el ejercicio de la autoridad<sup>21</sup>.

## EL PROFESOR-EDUCADOR

El profesor-educador, cuando imparte la clase —con mayor o menor voluntariedad— ayuda, demuestra, argumenta, enseña, explica, guía los trabajos, prevé dificultades, despierta iniciativas, vigoriza

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 75.

<sup>21</sup> Cfr. Flitner, Wilhelm. *Op. cit.*, pp. 94-97.

voluntades, amplia horizontes, ennoblece afectos... Y, en todo ello, se constituye en ejemplo para aquéllos a quienes debe ayudar a hacerse capaces de asumir la responsabilidad de su propia existencia. Esto es así porque es propio de la naturaleza del adulto ayudar a quien no ha alcanzado aún la madurez, y debe él mismo poseer esa madurez.

Conviene recordar, aunque sea de paso, que el profesor joven está —en principio— relativamente más cerca de los alumnos y tiene más probabilidad de comprender mejor su mundo y sus problemas específicos; pero corre el riesgo de familiarizarse demasiado con ellos. Su prestigio podría sufrir con eso. En algunos casos ocurre que lo pierde completamente o que, por salvar su autoridad, reacciona por sobrecompensación mostrándose antipático o comportándose en forma dictatorial.

Por otro lado, puede ser que a algún profesor de más edad le cueste adaptarse a la mentalidad de los jóvenes. Pero en cambio, se le someterán más fácilmente si se le reconocen más experiencia, mayor apertura y, como consecuencia, autoridad mayor.

En cualquier caso, se recomienda, para motivar a los alumnos:

- Partir de la afectividad para desarrollar la voluntad.
- Eludir toda visión negativa de la educación o sus instituciones.
- Ponderar no sólo conocimientos, sino actitudes y trabajo.
- Romper con la barrera del anonimato.
- Dar cauce a la expresión, a la participación y a la responsabilidad.
- No separar el binomio comprensión-exigencia.
- Templanza en cuanto a los cultos de moda (al método, la opinión...).

Pero el dato de la edad no siempre es decisivo. Lo importante es que todo profesor asuma una influencia personal sobre los alumnos, porque se mantiene en constante formación y es quien da vida y entusiasmo al trabajo en el aula. No bastan, pues, la edad, la experiencia, la erudición,

ni el *carisma* para determinar la *estructura educadora* de un maestro. Sólo está capacitado para formar a los demás, quien reconoce que *llegar a ser un hombre formado*, consiste no en saber mucho, sino —según expresa Goethe— en *el cultivo terco de uno mismo*: cultivo que dura toda la vida. Kriekemans señala: *Jung y su teoría del proceso de individualización nos enseña mucho a este respecto*. Y también san Bernardo de Claraval:

[...] los hay que quieren saber, con el fin únicamente de saber, y eso es torpe curiosidad. Los hay que quieren saber para ser ellos conocidos, y es torpe vanidad; tu saber nada es si este saber tuyo no lo sabe otro. Y los hay que quieren saber para vender su ciencia por dinero u honores, y esto es torpe lucro. Sin embargo, los hay que quieren saber para edificar y esto es caridad; para ser ellos edificados, y esto es prudencia... Muchos saben muchas cosas, pero no se conocen a sí mismos; examinan a los demás y descuidan de ellos mismos<sup>22</sup>.

El profesor-educador posee una madurez espiritual de la que emana un llamamiento personal a los alumnos. Su horizonte espiritual, es decir, su vida personal, cultural y profesional ofrece una orientación ordenada y segura. *Posee, en ciencia, buen juicio; en estética, buen gusto; en moral, buen criterio; y en sus relaciones, buen humor*. Su criterio, más objetivo, se caracteriza por cierta *toma de distancia* con respecto a las cosas y a los acontecimientos. Su cultura no es un simple capital de conocimientos, tampoco es mero lujo, sino que consiste —señalamos anteriormente— en el cultivo de sí mismo, lo cual conduce a poseerse y poder disponer de sí para los demás.

Cargado con esta responsabilidad, el profesor-educador no cesará de trabajar en su formación personal y en su superación profesional, tratando de mantenerse con buena salud espiritual.

## EXPECTATIVAS SOBRE LOS ALUMNOS

Creo que no está de más extendernos en un punto que ordinariamente pasa inadvertido. Dentro del aula suelen darse una serie de fenómenos

<sup>22</sup> Kriekemans, A. *Pedagogía General*, p. 218.

que, producidos en gran parte por los procesos —muchas veces inconscientes— de interacción social, tienen consecuencias en el comportamiento y/o en el rendimiento de los alumnos. Entre estos fenómenos sobresalen las *creencias* (en el sentido de suposición, prejuicio u opinión) que los profesores asumen sobre las capacidades y el rendimiento académico de los universitarios. Esto suele denominarse técnicamente *influencia de las expectativas*, en el sentido de que *los alumnos, de modo inconsciente, tienden a comportarse según lo que de ellos se espera*.

Este efecto se debe a la operación de un principio general: *con frecuencia, en las relaciones interpersonales, la expectativa de cierta persona respecto de la conducta de otra, puede ser un determinante significativo de la conducta de ésta*. Los datos que apoyan este principio provinieron, primeramente, de experimentos de laboratorio, pero luego fueron confirmados en el estudio del «comportamiento real» en empresas, canchas deportivas y en las aulas. Concluye Ovejero:

Tal parece que el fracaso de algunos alumnos y la razón de por qué no mejoran, está, no en que sean inferiores, tengan especiales problemas de adaptación, o provengan de un ambiente social y cultural deficiente, sino simplemente en que sus profesores creían que realmente eran menos inteligentes y por ello rendían menos<sup>23</sup>.

A menudo se ha invocado este factor de las *expectativas* del profesor como una de las principales causas del rendimiento y, más en concreto, como uno de los principales determinantes del *fracaso escolar*. Al analizar este punto —tratando de no caer en los extremos del *radicalismo conductista*— además de la experiencia cotidiana en las aulas, podemos referirnos a algunos antecedentes:

Bernard Shaw señalaba que: *Nuestra conducta es influida no sólo por nuestra experiencia sino, sobre todo, por nuestras expectativas*. Antes, Jastrow relataba el caso de un atleta que tenía tanto miedo a fracasar que realmente se deterioró su motricidad y, lógicamente, fracasó.

<sup>23</sup> Ovejero, Anastasio. *Psicología social de la educación*, p. 102 y ss.

Ya en 1948 se acuñó el término *self-fulfilling prophecy*, o sea, la *profecía —o expectativa— que se cumple a sí misma*, para definir este fenómeno, en el sentido de que un evento puede producirse por el mero hecho de creer que se producirá: alguien *profetiza* un acontecimiento y la expectativa de su acontecer cambia la conducta del *profeta* en forma tal que el evento profetizado resulta aún más probable. De acuerdo con Merton, *una falsa definición de la situación evoca una conducta nueva que convierte en una verdadera la falsa concepción original*.

Es evidente que algunos alumnos que fracasan en la escuela poseen determinadas características (forma de vestirse o de sentarse, aspecto apocado o estrafalario, extroversión o introversión notorias, locuacidad o pobreza de vocabulario...) que a menudo nos tientan a *predecir* su fracaso académico. Ante este tipo de alumno, el profesor ya *sabe* desde el primer momento que son alumnos abocados al fracaso. Y es precisamente esta *anticipación*, uno de los principales factores que llevan realmente a ese fracaso. Y lo mismo puede decirse del éxito académico.

## EXPECTATIVAS Y CONCEPTO DE SÍ MISMO

Si de alguna manera el profesor transmite su *expectativa* sobre algún alumno, influirá en el concepto que éste tiene de *sí mismo* y, por tanto, de su *desempeño*. El concepto de *sí mismo* influye en su rendimiento escolar. Ese concepto de *sí*, ordinariamente refleja lo que los demás piensan de uno; de forma que habrá cierta consistencia entre lo que el profesor concibe de la capacidad de un alumno y lo que el propio alumno entiende de sus propias capacidades: es el concepto reflejo de sí mismo. La manera que un individuo cree que le describirían las personas que tienen importancia para él determina, en buena medida, su comportamiento.

El proceso mediante el cual el profesor comunica su *expectativa* a un alumno es sutil e inconsciente. A través de lo que dice, cómo y cuándo lo dice, por la expresión de su rostro, su mirada... (comunicación no-verbal), el maestro puede comunicar que esperaba más o menos rendimiento. Esa *comunicación*, junto con los posibles cambios en las técnicas pedagógicas, contribuyen al aprendizaje del alumno, modificando su concepto de *sí mismo*, las expectativas sobre su propia conducta y su

motivación, así como sus aptitudes y estilo cognitivo. Es decir, las *expectativas* llegan al alumno a través del comportamiento del profesor. Una expectativa se transforma en una conducta concreta y es está, en gran parte, la responsable del efecto sobre el rendimiento.

Algunos resultados son esclarecedores al mostrar que, cuando los profesores se encuentran en presencia del alumno del que esperan un buen rendimiento académico, se comportan con él de forma más amistosa, amable, atenta y alentadora, que ante otro alumno del que esperan un rendimiento más pobre. Se ha observado que, en términos generales, las personas tratadas con más atención y amabilidad rinden más y mejor. No es, pues, en absoluto una cuestión de parapsicología (telepatía, etcétera), sino de comportamiento manifiesto que puede ser analizado y controlado, al menos en parte, por cada profesor en su actuación docente. Ovejero lo explica así:

Los alumnos son influenciados por las expectativas de sus profesores, y éstos también actúan de forma diferente según sus expectativas sobre aquéllos. Cuando esperan que el alumno actúe pobremente intentan enseñar menos, gastan más tiempo en otras tareas, sus explicaciones son más pobres, su humor es menos estable y entusiasta, su integración con el grupo es más distante que cuando esperan un mejor rendimiento. En suma, cuando un profesor cree que un alumno posee bajas capacidades intelectuales, no sólo se esfuerza menos por enseñarle, sino que incluso su comportamiento es tal que ese poco esfuerzo carecerá de éxito<sup>24</sup>.

Este fenómeno de la *profecía que se cumple a sí misma* puede ser mejor entendido si tenemos en cuenta varias características de la *situación académica*:

- a) En primer lugar, se trata de una situación ambigua: es el profesor quien señala qué respuesta o conducta es acertada o no, puesto que él posee la información o toma la decisión. En términos generales, el alumno no tiene suficientes criterios para saber si sus capacidades, rendimientos o conductas están por encima o por debajo de las *opiniones* o *medidas* del profesor. En el aula, es el profesor quien

<sup>24</sup> *Ídem.*

detenta poder y estatus. Por ello es con él quien, por lo menos en principio, se identifican los alumnos, creyéndose a menudo todo lo que él afirma.

- b) La situación académica es compleja. Un solo profesor puede intervenir en un día en más de mil intercambios interpersonales con sus alumnos. Y todos ellos, de alguna manera, estarán enseñando a cada alumno —aunque sea de forma indirecta— qué comportamiento se espera de él. Por ejemplo, si el profesor cree que un alumno es torpe o difícil, se comportará con él de tal manera que no sólo él, sino también los demás, lo vean como tal. Esto explica, además, lo difícil que es cambiar una expectativa, una vez formada.
- c) Por esta complejidad académica, el profesor no puede fijarse en todo, y tiende a prestar más atención a aquello que concuerda con sus expectativas y menos a lo que no coincide con ellas. Algunos ejemplos: es probable que el profesor, tras formular a sus alumnos una pregunta que cree difícil atiende, casi instintivamente, al alumno que él considera brillante, de forma que aunque haya otros que conozcan la respuesta, en quien repare sea en su «mejor» alumno, confirmando así sus expectativas. Lo mismo ocurre cuando surge algún problema en el aula: el profesor dirige su atención hacia el alumno que él cree es el «revoltoso», de forma que ratificará sus expectativas, aunque el problema hubiera sido generado por otros.
- d) En el aula, el profesor requiere de un rápida «interpretación» de todo lo que ocurre en una situación académica, lo que permite —e incluso fomenta— la formación de expectativas. Por ejemplo, una respuesta errónea puede ser interpretada por el profesor como un ligero descuido, si la emite un alumno de quien él esperaba resultados brillantes; en cambio, la interpretará como un claro e imperdonable error, si la expone un alumno del que el profesor esperaba resultados pobres. Es decir, que la propia interpretación, en concordancia con las expectativas, que asume el profesor de la conducta del alumno, servirá también para reforzar tales expectativas e influir así en el rendimiento del alumno<sup>25</sup>.

<sup>25</sup> *Ídem.*

## EXPECTATIVAS QUE SE CUMPLEN A SÍ MISMAS

En este sentido puede ser útil y esclarecedor el *modelo de las expectativas del profesor*, desarrolladas por algunos autores:

- I. El profesor espera una conducta y un rendimiento específicos de unos estudiantes en particular.
- II. Debido a estas expectativas diversas, el profesor se comporta de forma distinta ante estudiantes diferentes.
- III. Este tratamiento indica a los estudiantes qué conducta y rendimiento espera el profesor de ellos, afectando sus *autoconceptos*, motivo de logro y niveles de aplicación.
- IV. Si este tratamiento es consistente a través del tiempo, y si los estudiantes no cambian de alguna manera, esto formará su rendimiento y su conducta, de forma que altas expectativas llevarán al logro de altos niveles de rendimiento, mientras que bajas expectativas conducirán a bajos niveles.
- V. Con el tiempo, el rendimiento y la conducta de los estudiantes se conformarán más y más estrechamente a lo que de ellos se espera.

Estas *expectativas que se cumplen a sí mismas* son, pues, como procesos en cadena. Su incubación supone el enlace de cuatro secuencias de comportamiento:

- Formación de impresiones inducidas, firmes o estables, sobre el comportamiento social o académico de un alumno.
- Estas impresiones afectarán la interpretación profesor-alumno.
- Estas interacciones producirán cambios en el autoconcepto del alumno.
- Estos cambios influirán directamente en la motivación y las actitudes hacia el aprendizaje en la dirección de la expectativa.

- Puede ocurrir que no sólo el profesor influya sobre sus alumnos para que respondan de la manera esperada, sino que *es posible que también éstos impulsen la conducta del profesor o provoquen precisamente aquella conducta involuntaria que los lleva a responder en forma creciente conforme a la profecía*<sup>26</sup>.

Más específicamente, los profesores —aunque sea inconscientemente— tratan de diferente manera a los que suponen poco inteligentes, comparados con quienes consideran más inteligentes. Se ha comprobado que, a los primeros, el profesor:

1. Los mantiene más alejados (física o psíquicamente) de él.
2. Les suele prestar menor atención y emplea menos tiempo con ellos.
3. Los llama menos frecuentemente para hacerles preguntas en público o atender en privado.
4. En situaciones de fracaso los ayuda y los anima con menor frecuencia.
5. Los critica más, y más a menudo, por sus respuestas incorrectas o sus incumplimientos.
6. Los elogia menos cuando responden o actúan acertadamente.
7. Les exige trabajo y esfuerzo en distinta medida que a los demás.
8. Los estimula menos a participar en actividades extra-clase...

Parece admisible la hipótesis de que los efectos de las *expectativas* perjudicadas del profesor suelen ser más frecuentes, determinantes y negativas en el caso de los profesores cerrados, rutinarios y autoritarios. Estos profesores, con un sistema de criterios más concretos, rígidos y *experimentados*, tienden a ser menos ingeniosos, más dictatoriales y punitivos en el aula que los profesores con sistemas de creencias más abiertos y receptivos. Paradójicamente, cuando un

<sup>26</sup> Ídem

profesor *cerrado* se ve expuesto a nueva información (enfoques, datos, ideas, técnicas, influencias...), tiende a invalidar, percibir mal, olvidar e incluso a no ver, no entender, o no admitir, la nueva información que le resulta disonante, y que contradice a sus prejuicios, o formas de ser y actuar demasiado arraigadas.

## ¿QUÉ TIPO DE PROFESOR SOY?

Oficio, motivación, misión, función y autoridad, se unen en la *individualidad* del profesor. Las individualidades nos resultan comprensibles sobre la base de los *tipos* de las mismas. Es explicable, pues, el añejo intento de estudiar, por *tipos*, los caracteres de los profesores. Sin embargo, conviene aceptar con reserva la existencia y conveniencia de tales *biotipologías docentes*.

Aun si, escribe Föerster, uno de los principales representantes de la pedagogía humanista alemana:

[...] toda nuestra cultura clama a gritos por una renovación ética, por una educación profunda de la juventud que lleve al hombre hacia sí mismo, hacia su hermano, hacia aquello que hay de más real e importante: hacia el *hombre*, ese ser deshumanizado por obra y gracia de nuestro abstracto sistema educativo<sup>27</sup>.

En esta tarea, la personalidad modélica del profesor es particularmente importante. *La juventud de nuestra época, desagarrada por ideales contradictorios, sigue sintiendo la necesidad de modelos que encarecen lo que sueña en sus mejores momentos.*

Enumera Kriekemans:

Hay profesores «blandos», asustadizos, que temen siempre al desorden de los alumnos, a las llamadas de atención de la dirección, a los reproches de los colegas, a los reclamos de los padres de familias... y, como consecuencia, reaccionan comportándose de manera autoritaria, desmedida, con los nervios crispados. ¡Yo les llamo *liebres!* A su lado están

<sup>27</sup> Apud: Gutiérrez Zuloaga, Isabel. *Historia de la educación*, p 407.

los de «tipo *estrella*» a quienes les importa, sobre todo, ser admirados. Son los vanidosos, presuntuosos y pedantes. Hay también profesores «*césares*», los cuales, movidos por el afán de dominio, no buscan sino sembrar miedo en sus alumnos. Deambulan también por las aulas universitarias, los profesores «*sensibles*» que a toda costa quieren ser bien vistos y aceptados, y sienten una necesidad insaciable de causar un buen efecto. En todo esto juegan un papel importante los complejos que, en cualquier caso, producen temperamentos que sin cesar se atormentan a sí mismos, atormentan a los demás, y llevan el escrúpulo a lo trágico. Todos ellos constituyen un peligro porque todas las reacciones anormales de los profesores tienen influencia contagiosa sobre los alumnos<sup>28</sup>.

Según Alves de Mattos<sup>29</sup>, ciertos *tipos* de profesores son responsables de la indisciplina o bajo rendimiento de los alumnos. Esto puede ocurrir por fallas de su personalidad, por malos hábitos, por inhabilidad en su técnica docente o en sus relaciones humanas en clase con los discípulos.

Son *tipos* que, al entrar en contacto con la psicología del adolescente, tienden a crear conflictos y reacciones desfavorables innecesarias, dificultando e impidiendo el necesario ajuste entre alumnos y maestros. Alves señala, principalmente.

- El tipo introvertido y hermético.
- El tipo nervioso y desconfiado.
- El tipo indeciso y confuso.
- El tipo incoherente y contradictorio.
- El tipo colérico y explosivo.
- El tipo irónico y mordaz.
- El tipo injusto, mezquino y vengativo.

<sup>28</sup> Keriekemans, A. *Op. cit.*, p. 276.

<sup>29</sup> Alves de Mattos, Luiz. *Compendio de Didáctica General*, p. 294 y ss.

- El tipo vanidoso y pedante.
- El tipo cursi y susceptible.
- El tipo ingenuo, bonachón e indulgente.
- El tipo victimista y quejumbroso.
- El tipo egoísta y exclusivista...

El mismo autor describe, en seguida, algunos *defectos y malos hábitos* personales en el profesor:

- Falta de puntualidad para empezar y, principalmente, para terminar clase.
- Actitudes arrogantes, prepotentes, indiferentes o desdeñosas hacia los alumnos.
- Estilo gongorino y prolijo.
- Voz metálica, estridente y desagradable.
- Pronunciación defectuosa, displicente, arrutinada.
- Muecas, espasmos y carraspeos nerviosos.
- Inmovilidad soporífera.
- Actitudes teatrales exageradas...

En la mayoría de los casos, continúa Alves:

[...] los profesores con anomalías en su personalidad o en su actuación docente, no siempre fueron así. Tal vez tuvieron antes una personalidad sana, equilibrada, sensata; pero con el tiempo fueron deslizándose inconscientemente hacia esos defectos; les faltó, quizá, ayuda, consejo, dirección: o tal vez inspiración, motivación y, principalmente, una autocrítica

rectificadora. Periódicamente cada profesor debería analizarse a sí mismo y verificar si no está resbalando hacia extremos desaconsejables en las actitudes que está tomando respecto de los alumnos.

Por nuestra parte ejemplificaremos, en otro ensayo, algunos intentos *biotipológicos* para destacar lo que debe evitarse, como marco de referencia que nos ayude a conocer *qué tipo de profesor soy*. ■

## REFERENCIAS

Abbagano, N. y Visalbergui, A. (1998). *Historia de la Pedagogía*. México: FCE.

Alves de Mattos, Luiz (1974). *Compendio de Didáctica General*. Buenos Aires.

Avanzini, Guy (1987). *La pedagogía en el Siglo XX*. Madrid: NERCEA.

Ayllón, José R. (2002). *En torno al hombre*. Madrid: RIALP.

Barrio, José María (2000). *Elementos de Antropología Pedagógica*. Madrid: RIALP.

Burton, Williams (2000). *Conducción de las actividades de aprendizaje*. Nueva York.

Cardona, Carlos (1990). *La ética del quehacer educativo*. Madrid: RIALP.

Carrasco, José Bernardo (2009). *Una didáctica para hoy*. Madrid: RIALP.

Castiello y Fernández del V. (1985). *La Universidad*. México: JUS.

Chérif Chergui, A. (1998). *Educadores*. Madrid.

- Chesterton, G. K. (2008). *Lo que está mal en el mundo*. Barcelona: Acantilado.
- D'Ors, Eugenio (1915). *Aprendizaje y heroísmo*. España: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Flitner, Wilhelm (1972). *Manual de Pedagogía General*. Barcelona: Herder.
- García Jaramillo, Miguel (2004). *Los filósofos medievales*. México: Ed. RUZ.
- Gilson, E. (1973) *Ética de la vida intelectual. La formación intelectual*. Citado por Senderos, 71, 72. Madrid.
- Guitton, Jean (2010). *El trabajo intelectual*. Madrid: RIALP.
- Gutiérrez Zuloaga, Isabel (1973). *Historia de la Educación*. Madrid: NERCEA.
- Hernández Ruiz, Santiago (1960). *Pedagogía General*. México: UTEHA.
- Ibáñez-Martín, José A. (1989). *Hacia una formación humanística*. Barcelona: Herder.
- Kriekemans, A. (1982). *Pedagogía General*. Barcelona: Herder.
- Lemus, Luis Arturo (1969). *Pedagogía: temas fundamentales*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Lerma Jasso, Héctor (2004). En torno al paradigma del éxito. *Revista Panamericana de Pedagogía. Universidad Panamericana*. México: BOMEX.
- Lerma Jasso, Héctor (2000). Los peligros de una educación pigmaliónica. *Revista Panamericana de Pedagogía. Universidad Panamericana*. México: BOMEX.

- Lerma Jasso, Héctor. *La subjetividad en Jean-Jacques Rousseau*. Pamplona: EUNSA.
- Lloyd, Sam R. (1995). *Cómo desarrollar la asertividad positiva*. México: GEI.
- Lorda, Juan Luis (2013). *Virtudes*. Madrid: PATMOS.
- Millán Puelles, Antonio (1951). Los límites de la educación de Karl Jaspers. *Revista Española de Pedagogía*. Madrid.
- Nérici, Imídeo (1984). *Hacia una didáctica general dinámica*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Ortega y Gasset, José (1968). Misión de la universidad. *Revista de Occidente*. Madrid.
- Ortiz de Landázuri, L. A. y Burriel, J. A. (1975) *Filosofía*. Madrid.
- Ovejero, Anastasio (1988). *Psicología social de la educación*. Barcelona: Herder.
- Polo, Leonardo (2007). *Ayudar a crecer*. Barañáin: EUNSA.
- Rodríguez Nuño. Ángel (1984). *Ética*. Pamplona: EUNSA.
- Seco, Luis Ignacio (1998). *Chesterton*. Madrid: MC.
- Yepes Stork, Ricardo y Aranguren E., Javier (2009). *Fundamentos de Antropología*. Pamplona: EUNSA.
- Zagal, Héctor (2006). *Gula y Cultura*. México: Panorama Editorial.